

**Las huellas del Dharma:
Un viaje desde Nalanda al Mikkyo japonés**



Ruinas de la vieja Universidad de Nalanda

**Pedro Martín González
Kenshinkan dôjô 2017**

Tras los pasos del Budismo en India

Siempre que me resultó posible seguí los pasos del Budismo en mis viajes por India y Nepal.

Cuando hace casi treinta años llegué por primera vez a Kathmandú lo hice con la intención firme de encontrarme con los refugiados budistas tibetanos que allí vivían.

La diáspora tibetana hacia los países limítrofes -India, Nepal y Buthán- logró amortiguar en cierta medida el sufrimiento de miles de refugiados que huían de Tíbet debido a la opresión a la que eran sometidos, tanto monjes y ciudadanos, por las autoridades chinas, y esto después de la ocupación y posterior anexión de su territorio.

A ello se sumaría el exilio forzado del XIV Dalai Lama -Tenzin Gyatso. Sí. Fueron muchos los que siguieron a su líder espiritual a Dharamsala, en el norte de India.

En la actualidad, el Budismo está muy consolidado en Nepal, y aunque no es la religión mayoritaria posee una larga tradición en el país.

La fe budista está instalada no sólo en el valle de Kathmandú, donde existen centros de primer orden -Swayambunath o Bodnath- sino también en otras latitudes y reinos distantes, como los enclaves de Mustang o Dolpo, limítrofes con Tíbet, donde la cultura es claramente tibetana y el Budismo su fe mayoritaria.

Desde las antiguas capitales del viejo Reino de Nepal me dirigí al Terai, en el sur. Quería ver la fauna salvaje que allí se protege con celo -elefantes, tigres, cocodrilos, cérvidos- y, además, llegar a Lumbini, la aldea que un lejano día fuera lugar de nacimiento del Buda Gautama.

Hoy son miles los peregrinos que, venidos de todos los rincones del mundo, visitan aquel apartado lugar del sur nepalí para rendir homenaje al señor Buda.

Los habitantes del Terai se denominan *tharus*. Los *tharus* están repartidos por diversas regiones, tales como: Dang, Kailali, Banke o Chitwan, insertadas todas en el ampuloso valle del Rapti.

De tez oscura y rasgos hindúes, los *tharus* son de media-baja estatura y costumbres sedentarias por tradición. Se mantienen devotos a su fe religiosa y fieles a sus concepciones matrimoniales y familiares. Se calculan unos setecientos mil los *tharus* nepalíes.

Más allá del Terai, puse rumbo a Bodgaya, en el Bihar indio, frontera con Nepal, para meditar, también yo, bajo el árbol de *bodhi* y dejarme impregnar por una atmósfera que a mí se me antojaba anclada en el tiempo, aunque, bien es cierto decir que, también allí, me toparía con cientos de peregrinos que llenaban la explanada y los jardines que rodeaban aquel lugar increíble.

Sentado bajo la sombra apacible de aquel gigante verde, trataba de componer, dentro del laberinto de mi mente, el momento mágico en el que un hombre cualquiera –más tarde considerado por todos el primer Buda- llegaría a alcanzar su Nirvana.

En efecto, aquél hombre, que cambiaría la vida de tantos seres humanos a lo largo de los siglos que habrían de llegar, pasó allí mismo semanas de inmóvil meditación antes de recibir su ansiado premio espiritual.



Meditación bajo en el árbol de bodi, Bodgaya.

Antes de salir de Bihar tomé alguna documentación sobre el *Pari-Khanda*, un arte marcial que está fundamentalmente basado en la utilización de la espada y el escudo y que, como ocurre en otras muchas formas de arte marcial que existen en India, puede también observarse en algunas danzas guerreras, como la danza Chau.

Continué mi viaje hacia el oeste llegando a Sarnath, en Uttar Pradesh, para asistir, con la imaginación más que desbordada, a aquel primer sermón que Sakyamuni ofreciera a sus más íntimos alumnos después de alcanzar la Iluminación en Bodgaya.

Era una jornada cualquiera de un mes de julio, y el calor, pasado el mediodía, era ya insoportable. No obstante, peregrinos y monjes se reunían diligentemente para su meditación, la recitación de *sutras* y la lectura de los textos sagrados budistas.

Me quedé en Sarnath durante unos días tratando de recordar los pasos, aún inciertos, de aquellos primeros componentes de la primera *Sangha* –orden- recién

nacida, hombres y mujeres caminando, quizá, en torno a un *stupa* como aquel que yo mismo circunvalaba -el *stupa* de Chaukhandi- haciendo girar por primera vez la eterna rueda del *Dharma* que su maestro había accionado.

Otro punto de encuentro con el Budismo me condujo a Dharamsala, un pequeño enclave budista situado en territorio de Himachal Pradesh, en el noroeste de India.

Llegué allí con el deseo y la intención de asistir a una ceremonia ofrecida por el Dalai Lama. Miles de peregrinos, monjes y viajeros venidos de todos los países del mundo se congregaban en aquel escondido rincón para escuchar, o ver, a Su Santidad.

La pequeña ciudad tenía un trazado irregular e incómodo para caminarla. Las casas ascendían por las laderas de la montaña para confluír en una plaza circular desde la que partían, en forma radial, las principales avenidas. Una de ellas, me condujo al Palacio del Dalai Lama.

Dharamsala fue un ofrecimiento que la nación India hizo al Dalai Lama cuando éste salió de Lhasa en 1959 camino del exilio. Así fue, el entonces presidente Nerhu accedió a la petición de asilo y ofreció aquel frondoso y montañoso lugar al líder tibetano y a su pueblo.

Con toda probabilidad, fueron India y Nepal los establecimientos de los primeros refugiados tibetanos pero, posteriormente, muchos otros se desplazarían a Sikkim y Buthán, donde siempre fue posible encontrar peregrinos procedentes de Lhasa y de otras ciudades distantes de Tíbet, hombres, mujeres y niños que realizaban tan penoso recorrido para vivir en libertad.

Continuando mis contactos con las comunidades budistas de India llegué a Ladakh, en el Himalaya indio; lo hice después de cruzar el Estado de Himachal Pradesh y atravesar algunos de los pasos más elevados del mundo, como el Tonglangla, con casi seis mil metros de altura.

Ladakh, en territorio indio pero con cultura budista tibetana, es un auténtico Tíbet fuera de Tíbet.

En Ladakh, el frío y la nieve se tornaban con un sol abrasador, el fuerte viento con la suave brisa, las planicies, con las cumbres más altas del Planeta, y los cielos de las noches himaláyicas cuajados de estrellas, con los azules más puros y limpios que jamás vi.

En ocasiones, por encima de su geografía, los lugares son sus sonidos, sus olores, sus colores, su tacto, sus construcciones religiosas, a veces milenarias, el sabor de la especia, el azul de las turquesas, el té multirracial, o en el sonido de esa lengua remota, distante, difícil e inaccesible que es, en Ladakh, el tibetano.

Aquel país era también un lugar de vibración. Las palabras, eran una forma de Energía. A la luz de las lámparas de manteca de yak, nacían los mantras, esos sonidos guturales con los que los monjes cantan al Buda desde las alturas, desde las cumbres blancas donde germinan los monasterios que aún perduran en aquellas tierras inhóspitas.

Bajaban los cantos desde lo alto, inseminando los mansos valles, llegando al campesino y al noble, al instruido y al ignorante, cubriendo toda la humanidad de aquel pueblo pacífico, aislado y espiritual que es el pueblo budista tibetano de Ladakh.

El viaje de las plegarias no se detenía en los valles, su propósito era cabalgar, como ondas de vibración interminables, a través de los cielos mágicos, formando remolinos en el viento frío y moviendo en oración pañuelos multicolores en un acto de desprendimiento para con todos los mortales.

Los pañuelos de oración aunaban voluntades de montañas, casas, valles y gentes, en un ejemplo más de comunicación y comunión con los todos los seres humanos.

Acompañaban a la deriva de las palabras, los caballos blancos alados, que portaban, encintada, la piedra filosofal: ese grial que todos llaman *Chintamani*. Aquellos estaban representados en la oración, que el adepto fiel colgaba al viento para su expansión y mayor difusión a todos los rincones de la Tierra.



Stupa de Shanti, Leh.

Más que un espacio físico Ladakh es una gran Oración, un canto a la vida del Buda, un encuentro trascendente con las dimensiones, una *pradachina* –circunvalación- constante en torno a una idea de redención, una inquebrantable fe en la futura liberación, una unidad cultural y espiritual con el Tíbet más hondo, un sueño en la forma del *Maitreya* –Buda redentor- que ha de venir.

Caía la tarde en Leh, y la vida se veía de otra manera desde el *stupa* de *Shanti*: un monumento que erigiera en este lugar la Sociedad de Budismo Japonesa.

El *stupa* de *Shanti* estaba situado, justamente, en el eje del valle: un cono amurallado por montañas de más de siete mil metros de altura. Uno podía sentirse allí en el epicentro de un cráter volcánico rodeado de contrafuertes naturales que limitaban todo el campo visual.

Después, bajando de aquellas alturas, me senté a contemplar el valle de Leh. El contraste era magnífico: el verde de las plantaciones, el agua -increíblemente posible en aquel desierto-, las cosechas, los álamos que inundaban las sencillas huertas, los majestuosos picos que cortaban un cielo azul casi imposible y unas extensiones desérticas sin límites.

Cruzaron por mis ojos los castillos medievales de Ladakh. Tenían nombres evocadores: Lamayuru, Hemis, Tikse. Eran todos ellos lugares de poder en constante transformación, puntos de luz, refugio, vida y obra de multitudes que ahora, en nuestra actualidad, viven en retroceso.

Aunque son depositarios de una tradición milenaria que ha sido perseguida convirtiéndose en migratoria, los monasterios ladakíes están sometidos al turismo devorador, y abocados a un abandono feroz.

Siempre engalanados por montañas de blancas cúspides, franqueados por desiertos altos, cubiertos por los azules rasos del cielo ladakí, los monasterios son bastiones de difícil acceso. Una vez dentro el viajero contempla los paisajes exteriores con semejante devoción a la que experimenta cuando visita los paisajes interiores. Ambos acudían a contestar las preguntas que los monjes se hacían en el pasado y continúan ahora repitiéndose, pues las preguntas formuladas y las respuestas alcanzadas han sido, son y serán siempre las mismas.

Aún se rezaba en aquellas construcciones, pero el credo budista se ha diseminado entre las gentes y los pueblos estando las vocaciones en retroceso.

En las calles que conducían al mercado hombres y mujeres enseñaba sus sombreros angulosos; los musulmanes se comunican, siempre, en presencia del té; los tibetanos, con su enorme sonrisa. Las gentes sencillas mostraban unas caras arrugadas, tan curtidas, que parecían papel apergaminado.

El ruido y, también, la vida, palpitaba en las callejuelas atestadas. El aire, que cortaba los labios, limpiaba los ojos abriéndolos a la clarividencia. La altura, que perturbaba, objetivizaba al viajero elevándolo por encima de lo precedero. La distancia de cualquier otro lugar habitado permitía dar rienda al instinto de la exploración, de la aventura, caminando hacia ninguna parte, hacia el ansiado Tíbet, hacia el ansiado Kailash.

Pequeño, remoto, escondido en tierra inhóspita, Ladakh ha permanecido unido a Tíbet desde su más temprana historia. Aún hoy, viajar a aquel país hundido en el Himalaya, resulta un viaje en el tiempo y en el espacio, un viaje de comunicación entre el viajero y la cultura budista tibetana.

Mi periplo por los enclaves del Budismo indio continuó por el Este de India. Subiría al reino de Sikkim, procedente de Calcutta, en Bengala occidental. Atravesaría aquel Estado en dirección norte para llegar a Darjeeling, un lugar que en tiempos de la colonización británica llegaría a ser una de las metas más deseadas de los acaudalados hombres y mujeres de negocio ingleses, quienes acudirían a aquellas latitudes para pasar los veranos y alejarse de las duras condiciones estivales de las ciudades del centro y sur del país.

Mi primera parada fue Siliguri, desde donde tomé el tren hacia la estación de montaña de Darjeeling. Allí visité los campos de refugiados budistas tibetanos, seguí los pasos del gran Alexander Csoma de Koros -aquel lingüista y explorador húngaro que viajara por los países del Himalaya, residiera en Calcutta y falleciera en Sikkim antes de completar el que había sido el sueño de toda su existencia: visitar Tíbet para encontrar el origen de su materna lengua magiar- e indagué sobre la vida de los Roerich en aquella pequeña ciudad.

Desde Darjeeling, crucé las montañas y me dirigí a Kalimpong, para visitar al lama Chimpa y a Bárbara Gerke, una profesora alemana experta en Budismo. Le realicé una entrevista a ambos y, más tarde, subí al *stupa* de Helena Roerich, donde descansan sus restos frente al Kanchengunja, en el jardín del monasterio budista de Zang Dhok Palri Phodang.



Stupa de Helena Roerich

Más al norte aún me dirigí a Sikkim. Llegué a su capital, Gangtok, y una vez más me encontré con la cultura budista, con los refugiados y con los monasterios. Tuve la suerte inmensa de ser espectador de algunas danzas ejecutadas por los monjes budistas en algunos de los monasterios que visité. En ellas se utilizaban máscaras,

campanillas, enormes trompetas y espadas, todo ello dentro de un ambiente festivo y conmemorativo.

Desde aquella latitud salté al Estado de Karnataka, en el tórrido sur indio, donde se encuentra el monasterio budista de Bylakuppe y donde, gracias a un amigo francés que conocí en Bangalore, me encontraría con Lama Ossel, quien entonces tenía siete años de edad.

Lama Ossel había nacido en Granada y se le reconocía como la reencarnación de Lama Gesse –el introductor del Budismo en España y verdadero espíritu de la comunidad budista de *Oselin*, en la Alpujarra granadina.

Lama Ossel, un *turku* con un futuro prometedor, era un niño con una inteligencia desbordante que podía mantener tres conversaciones simultáneas en tres idiomas distintos al mismo tiempo. Sentados a comer, atendía a su Maestro en tibetano, a sus profesores en inglés y departía con nosotros en español.

La vida de los jóvenes monjes está dirigida a encarar su futuro como representantes de la fe Budista. Estudian en régimen de internado en monasterios como aquel, donde aprenden numerosas materias relacionadas con la Cultura Budista Tibetana: Historia, Lengua Tibetana, Medicina, Farmacología, etc.

Después de este primer período de estudio -una etapa que puede durar hasta quince años- los monjes se incorporan a la Escuela Tántrica, donde investigarán sobre Tantrismo y Meditación.

En Bylakkupe vivían en aquel tiempo unos dos mil monjes pertenecientes a los bonetes amarillos, la corriente budista del propio Dalai Lama.

He constatado en India, Sikkim, Ladakh, Himachal, Nepal, o en los grupos que he podido visitar fuera del Continente Asiático, que las comunidades budistas son, antes que nada, pacíficas.

A pesar de las críticas habidas, basadas en señalar una organización social clasista, privilegios de clase o una manipulación cultural, que la teocracia tibetana pudiera haber instaurado en Tíbet antes de la llegada de la Revolución China y de la posterior ocupación militar, lo que es bien cierto es que la invasión supuso la aniquilación de una cultura, de una forma de ver y de entender la vida, resultando un secuestro, a fin de cuentas, de todo un Patrimonio de la Humanidad.

Si el móvil de la invasión tibetana estuvo o no auspiciado por otras potencias y sus sistemas de inteligencia, si el motivo fue puramente estratégico o si la conciencia proletaria e igualitaria de un líder comunista resultó ser quien dispuso sobre la historia de aquel pueblo sencillo, es hora ya de apoyar con firmeza política su causa, una reivindicación que no es otra que la libertad de aquellos que quieren y aspiran a vivir en el hogar usurpado.

Orígenes y transmisión

Desde los albores de la humanidad, la transmisión de conocimientos entre culturas ha seguido un itinerario ligado a actividades artísticas, comerciales o militares.

Las religiones también han sido un motor para la exportación de ideas, algo que, en muchos casos, ha conllevado efectos paralelos nada pacíficos: conquistas, guerras y destrucción.

Abriendo vías terrestres o marítimas por las cuales desplazarse y llevar consigo el peso de su cultura, estrechando enormes distancias, cruzando mares y océanos ignotos, atravesando elevadas cordilleras y desiertos remotos, los seres humanos han superado todos los obstáculos, sabiendo conectarse entre sí, intercambiando información, transmitiendo descubrimientos, mostrando avances tecnológicos o vendiendo productos de consumo.

De igual forma ha ocurrido con el arte, las ideas filosóficas o el pensamiento científico.

En India nacieron algunas de las religiones más importantes y con mayor número de seguidores del mundo, como el Hinduismo o el Budismo.

El Hinduismo, anterior al Budismo, tuvo como predecesora a la religión Védica, que acompañó en su conquista a los pueblos arios indoeuropeos.

Con el transcurrir de los siglos, el Hinduismo se extendió desde su lugar de origen hacia todo el sudeste de Asia, viajando a lomos de la diáspora india: una marea humana que ha ocupado gran parte de los países bañados por el Océano Índico y que ha llegado, incluso, a Oceanía, donde es posible encontrar una notable población procedente del Subcontinente Indio en países como Nueva Zelanda o Australia.

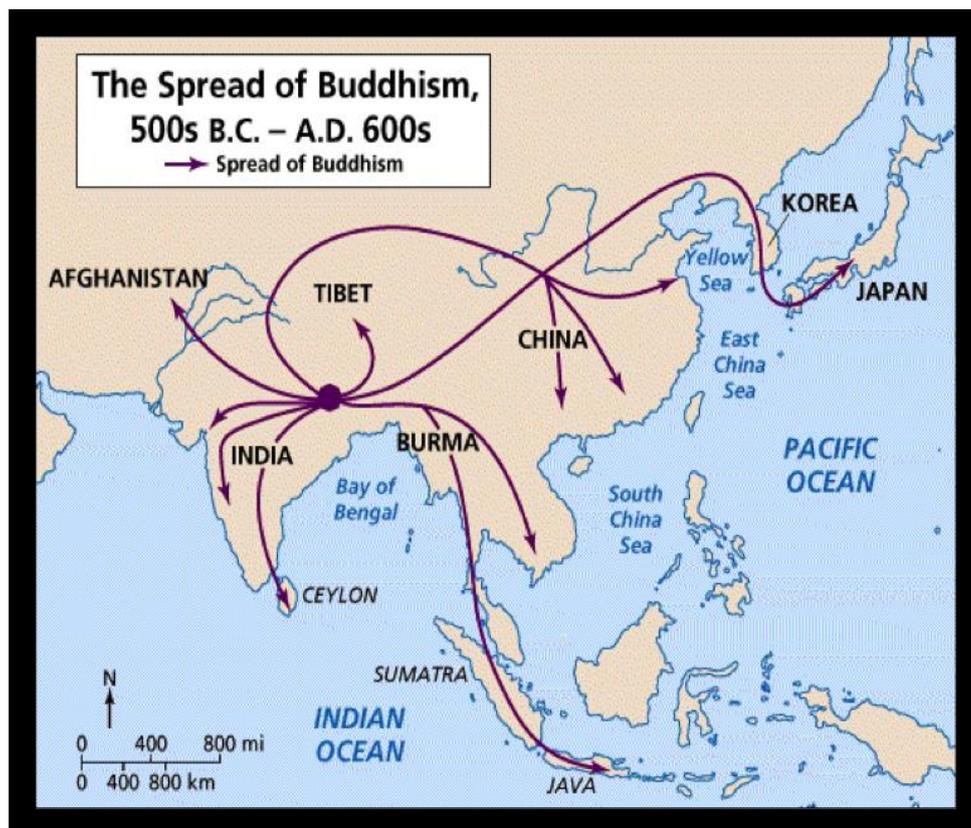
Por su parte, el Budismo, nacido como respuesta al rígido Hinduismo, abrió un vasto campo de influencia en otras latitudes. Primeramente su expansión se dirigiría hacia el norte, en su forma Mahayana, o "*Gran Vehículo*" llegando a Gandhara, Bamián, Nepal, Bután, Tíbet, China, Mongolia, Siberia, Corea y Japón; también hacia el sureste, en su forma Hinayana, o "*Pequeño Vehículo*", en países como Sri Lanka, Myanmar, Tailandia, Camboya, Laos o Vietnam.

Las controversias son muchas. Según algunos historiadores de las religiones, el Budismo Tántrico tibetano, y sus derivaciones, serían una corriente diferente de la Mahayana. Otros sostienen que la corriente Mahayana se gestaría, precisamente, gracias a los contactos que los budistas indios tuvieron con las escuelas griegas de Dialéctica y Filosofía en el Imperio Greco-Bactriano: sofistas, escépticos, estoicos, etcétera.

Para otros más, el Budismo original y auténtico continúa con la corriente Theravada, o "*Pequeño Vehículo*" asentada en la actualidad, principalmente, en Sri Lanka.

Se podría, incluso, interpretar que el Budismo, en su entronque con el Imperio Greco-Bactriano, habría tenido un reflejo en el mundo Helénico y en el Gnosticismo cristiano. Esto podría haber ocurrido así debido a los contactos que mantuvieron los budistas bactrianos con los filósofos griegos antes mencionados. Esta podría haber sido una vía de expansión de las ideas budistas hacia el Mediterráneo.

Así pues, los movimientos budistas dirigidos hacia el norte se verían favorecidos por la formación del Imperio Greco-Bactriano, que ocuparía las actuales tierras del país afgano.



Era tradición, entre los monjes budistas de la India, peregrinar hacia aquellos lugares santos de Asia Central. Sus huellas se encuentran en sitios tan alejados como: Turkestán, Pamir, Bamyán, o en otros paisajes remotos, como Amdo, en Tíbet.

La corriente Mahayana establecería contacto con el movimiento mazdaki, en Irán, y con la maniquea Asia Central; después, se dirigiría hacia Afganistán, donde se encontraba el citado centro budista de Bamyán con sus gigantescos Budas en piedra hoy destruidos por el régimen talibán.

El Budismo llegó a Tíbet a través de Nepal, dirigiéndose posteriormente a China – en el siglo I de nuestra Era.

Desde China se encaminaría hacia las estepas de Mongolia, que le serviría de puente en su camino hacia Kirguistán y Kazajistán, lugares con una vieja tradición chamánica en donde las autoridades verían de buen grado cómo la nueva doctrina suplantaba a las antiguas creencias populares.

A Japón, el Budismo accedería por dos vías: una norte, a través de Corea –en 552, según el Nihon Shoki- y otra sur, a través de China.

El Período Nara, en el siglo VIII, sería la cima de su expansión y florecimiento.

Finalmente, entre los siglos VII al X, el Budismo se establecería en Java y Bali.

Con este panorama cultural podemos intuir la unidad cultural que el Budismo supuso para toda Asia, estableciendo un puente que conectaría todo el conjunto del continente asiático desde el Turquestán y el Mar de Aral, hasta las costas pacíficas del sudeste, desde Siberia hasta el Himalaya, desde Bactria hasta China, Corea o Japón.

La diáspora budista entre India y Tíbet no es un problema actual. Ya en el siglo VIII existieron desplazamientos de monjes budistas indios hacia el norte, debidos entonces a la invasión musulmana de Bihar y Bengala. Aquella ocupación traería consigo la aniquilación de la universidad budista de Nalanda: un acontecimiento que para algunos historiadores tuvo tanta relevancia como la destrucción de la Biblioteca de Alejandría.

La situación acaecida significaría un freno de cara a los contactos culturales y religiosos entre India y Tíbet. Como resultado de ello, se inició un flujo de estudiantes indo-budistas que buscaban libertad de credo en el país de las nieves. El exilio al que se ven sometidos los tibetanos en la actualidad es un retorno a esa triste etapa, pero esta vez en la dirección opuesta.

Los exiliados tibetanos siempre han intentado establecer dentro de sus comunidades el espíritu de su país de origen, buscando regularmente puntos geográficos elevados, para construir en ellos sus monasterios. Este es el caso del monasterio de Bylakuppe, cerca de Mysore, en el sur de la India, así como el enclave de Dharamsala, en el noroeste del país, residencia oficial del Dalai Lama en el exilio.

Otros establecimientos en los que los refugiados se sienten acogidos, aun teniendo una personalidad política definida en torno a la nación India, son: Ladakh, Zanskar, Sikkim o Buthán.

Enclaves como Almora, Bodgaya y Sarnath, situados también en la India, son emblemáticos por la importancia que tuvieron en la vida de Sidharta Gautama: el Buda.

Siglos más tarde –XIX y, sobre todo, XX- las ideas de Buda llegaron a todos los rincones del globo, donde se fueron instalando pequeñas comunidades siguiendo un proceso constante, ayudadas, aupadas y motivadas, además, por un pensamiento que le era cercano y complementario, un pensamiento que englobaba

opciones de vida y corrientes de opinión tales como: el ecologismo, el feminismo, el pacifismo, el hipismo, la generación Beat, la contracultura, la *New Age*, etc.

Sicharta Gautama

Nos cuenta la tradición que el príncipe Sidharta Gautama nació en la pequeña aldea de Lumbini –hoy Nepal- en el siglo V antes de nuestra Era. Con una vida más que desahogada no tuvo conciencia del sufrimiento ajeno hasta que se enfrentó con una realidad que desconocía: la paradoja del dolor y del sufrimiento que se escondía más allá de los muros del palacio en el que él habitaba, seguro, junto a su familia y amigos.

Dispuesto a remediar los males que afectaban a todos los seres humanos, el joven príncipe tomó la decisión de abandonar la vida que había llevado hasta entonces para descubrir, por sí mismo, las razones del sufrimiento y el porqué de la ignorancia.

De esta forma, quien fuera heredero del clan Sakya, hijo del rey Suddhodana y de la reina Kolihan Maha Maya, padre de familia y esposo, se convertiría en el prototipo del auténtico renunciante, en el arquetipo del hombre capaz de abandonar toda posesión mundana para alcanzar el objetivo último de la Liberación espiritual.

Sidharta estudió con los ascetas Arata Kalama y Roudraka y, también, con otros maestros que le ayudarían en su proceso de aprendizaje para, finalmente, recluirse en soledad en el interior de los bosques de Bodgaya, donde, después de superar la incompreensión de muchos, alcanzó el Despertar espiritual y obtuvo el Nirvana.

En Sarnath, en el actual Estado de Uttar Pradesh, dio Buda su primer sermón, y en él enseñaría a sus primeros alumnos el contenido de las “*Cinco Nobles Verdades*” del Budismo:

- El sufrimiento es inherente a la existencia.
- El sufrimiento comienza con el anhelo de lo transitorio y material.
- El desapego de lo material y la comprensión de la transitoriedad de la vida son indispensables para liberarse del sufrimiento.
- La correcta palabra, la acción correcta, el pensamiento correcto y la correcta meditación son las prácticas que nos conducirán a la Liberación.

Se dice que fue a partir del sermón de Sarnath que empezaron a constituirse las primeras órdenes monásticas budistas. Esto suponría otro distanciamiento con respecto al Hinduismo, que nunca se había organizado de semejante forma y cuyos líderes defendían su religión como la única y verdadera fe provista de una total libertad de culto.

En cierto sentido, este hecho fue siempre un punto de fricción entre ambas religiones e, incluso, algunos destacados dirigentes hinduistas, haciéndose eco de

esta forma de organizarse, llegarían a constituir sus propias órdenes, como ocurriera con los *swamis* de Sankaracharya.

Después de aquel primer encuentro con sus seguidores en Sarnath, Sakyamuni - otro de los nombres de Buda- vivió otros cuarenta años. Durante todo aquel tiempo se desplazó por los Estados de Uttar Pradesh, Bihar y Nepal, transmitiendo su doctrina y haciendo partícipes a todos, sin excepción ni distinción de clase o casta, de los valores del Budismo.

Buda fallecería a los ochenta años en Kushinagar -en el Estado indio de Uttar Pradesh- muy próximo a la frontera de la actual Nepal y relativamente cerca del lugar donde naciera.

De todos los movimientos culturales que Asia ha ofrecido al mundo, el Budismo ha resuelto ser el que ha demostrado una mayor unidad de acción, penetrando en toda la geografía del Continente e introduciendo, siempre, una revolución cultural beneficiosa para los pueblos que lo han sabido acoger.

Es de destacar que jamás un pueblo seguidor de la doctrina budista ha iniciado guerra alguna. Esto ha sido así porque desde sus inicios la filosofía no-violenta que pregona el Budismo ha sido Ley entre sus adeptos. Es más, el Budismo ha sabido actuar como integrador, adaptándose a las religiones autóctonas cuando existían, conviviendo en paz sin jamás imponer el imperio de sus creencias.

Universidad de Nalanda

En el Estado de Bihar, al norte de India, a unos cien kilómetros al sureste de Patna, su capital, se encuentra el histórico lugar de Nalanda, la que fuera primera universidad budista de la India.

Nalanda se fundó en el siglo V antes de nuestra Era y estuvo activa hasta el siglo XII de nuestra Era, momento en el que fue destruida por los musulmanes cuando éstos conquistaron Bihar aniquilando, además de este centro de formación e investigación, su incomparable biblioteca: una joya que contenía millones de documentos, traducciones y libros atesorados durante siglos. Este acontecimiento terrible puede muy bien compararse con la pérdida de la Biblioteca de Alejandría, acaecida, definitivamente, en el siglo III de nuestra Era.

Durante los siglos que Nalanda estuvo en plena actividad, la universidad tenía capacidad para alojar a más de diez mil estudiantes, para lo cual contaría con no menos de dos mil profesores.

Entre los alumnos de Nalanda podían encontrarse estudiantes procedentes de lugares tan distantes como: Turquía, Corea, Japón, China, Indonesia o Persia.

Además de los estudios budistas, la Universidad formaba a sus alumnos en otras artes y ciencias, tales como: medicina, astronomía, matemáticas o disciplinas militares.

Junto a la universidad de Nalanda, existieron otros centros de formación religiosa que supusieron un avance, más que notable, en el desarrollo del conocimiento filosófico, político y tecnológico. Estos otros colegios, erradicados también en el Estado indio de Bihar, fueron: Vikramashila y Takshashila.



Restos de la antigua Universidad Budista de Nalanda, Bihar. India.

Uno de los más conocidos visitantes chinos de Nalanda fue Hsuan Tuang (Xuansang), quien peregrinara a aquel centro de estudios en el siglo VII de nuestra Era para permanecer en él durante varios años.

El periplo viajero de Xuansang –cruzando China a través del desierto del Gobi, Kashgar, Uzbekistán, Bamyán, Gandhara, Peshawar, Cachemira, Nepal, India y Bangladesh- se prolongó durante diecisiete años, un tiempo más que suficiente para conocer en profundidad el Budismo, atesorar gran cantidad de manuscritos y regresar con ellos a su país de origen, para restablecer allí la doctrina de Buda, traducir muchos de aquellos documentos y servir a otros como maestro y guía.

Otro de los exponentes del Budismo Vajrayana que estudió durante la dinastía Tang fue el erudito Hui Ko (Huiguo) uno de los futuros maestros de Kobo Daishi, el fundador del Budismo Shingon japonés.

Se dice que Hui Ko fue alumno de un destacado discípulo de un budista bactriano, algo que pone de manifiesto, nuevamente, las interconexiones que existían en aquellos tiempos entre los diferentes centros budistas de uno y otro lado de la geografía asiática.

A día de hoy, la Universidad budista de Nalanda es de nuevo una realidad. El gobierno de la India y el gobierno del Estado de Bihar, comenzaron a trabajar en conjunto con el ambicioso proyecto de reinstaurar aquel que fuera, hace ochocientos años, el primer centro de estudios budistas de Asia.

Finalmente, en cooperación con otros gobiernos de la región -Australia, China, Laos, Indonesia, etcétera.- el proyecto llegó a buen fin y la Universidad abrió de nuevo sus puertas en 2014.

Budismo esotérico japonés

Como hemos apuntado, el Nihon Shoki nos señala que el Budismo entró en Japón a través de Corea en 552.

Katsumi Tanabe, investigador japonés, nos apunta en su libro "*Alejandro Magno, contactos culturales Este-Oeste de Grecia a Japón*", que en el Libro de Liang se describe cómo cinco monjes procedentes de Gandhara visitaron Japón en el siglo VII -concretamente en el año 635.

Tras algo más de dos siglos de incipiente instalación en el país, aparecieron dos de los más importantes precursores del Budismo en Japón: Kobo Daishi y Saicho.

Kobo Daishi nació en 774. De familia aristocrática, pronto se interesó por el Budismo, ordenándose monje con veinticuatro años.

En 804, a la edad de treinta años, realizó su peregrinaje a la China de los Tang. La expedición de la que formaría parte estaría compuesta por cuatro naves de las cuales únicamente dos llegarían, finalmente, a su destino.

Kobo Daishi (Kukai) comenzaría a estudiar con un erudito de Gandhara, de nombre Prajña, formado en la Universidad Budista de Nalanda. Más tarde conocería a quien sería su verdadero mentor y maestro -Hui Ko (Huigo)- quien le transmitiría el Budismo esotérico *Vajrayana*: unas enseñanzas que conformarían el grueso de su propia doctrina: el Budismo *Shingon*.

A su regreso de China, Kukai establecería su epicentro en el Monte Koya, en Wakayama, al sur de Japón.

En su viaje a China, Kobo Daishi estuvo acompañado por otro monje, llamado Saicho, que sería el fundador de otra escuela de Budismo esotérico denominada *Tendai*.

A su regreso de China, Saicho se establecería en el Monte Hiei, en Kyoto, desde donde difundiría su propio concepto del Budismo hasta su fallecimiento.



Kobo Daishi

Los fundamentos del Budismo esotérico japonés (*Mikkyo*) son similares a los que se proponen en otras escuelas de Budismo Vajrayana. Podrían resumirse en: meditación, mantralización, visualización de mandalas y rituales de purificación y austeridad.

Elementos que han conformado el sustrato del *Mikkyo* se introdujeron en el contenido curricular de los *Koryû* tradicionales del Japón medieval, de esta manera, además de los amplios bagajes técnicos dedicados al Bujutsu, con o sin armas, las escuelas de Artes Marciales influenciadas por las corrientes de Budismo *Shingon* o *Tendai* incorporaban a sus planes de estudio otras materias, tales como *Hojutsu*, *Kuji kiri* o *Kuji no In*; también, conceptos que perseguían estados elevados de

consciencia, como: *Mushin*, *Fudoshin* o *Mushotoku*; finalmente, rituales que pretendían la pureza del espíritu: *Taki Shugyo*, *Kiaijutsu*, *Goma*, etc.

Existe otro elemento relacionado con el Bujutsu que, según Katsumi Tanabe, podría también tener un pasado muy alejado de Japón, desentrañando una línea de estudio que nos conduciría a las relaciones de este país con las culturas del Imperio Greco-bactriano, establecido al este del Hindu Kush en el siglo III antes de nuestra Era.

Este símbolo es el Kongôrikishi, o Nio, ese guardián iracundo que se encuentra a la entrada de los templos budistas. Según el investigador, es muy posible que esta figura fuera una réplica del arte greco-budista que se habría transmitido hacia el este a través de la Ruta de la Seda, llegando tanto a China como a Japón. Kongôrikishi, o Nio, sería ni más ni menos que la imagen del héroe griego Heracles.

Esta muestra podría ser una más de las conexiones entre las distintas culturas de Asia.



Kongôrikishi

En la actualidad todas estas prácticas, y muchas otras, continúan realizándose en las dos escuelas principales de Budismo esotérico nombradas, así como en las muchas derivaciones que de ellas se han ido gestando en Japón.

Los seguidores del *Shugendo*, otra práctica asociada al Budismo esoterismo japonés, son también exponentes de primer orden de las prácticas austeras que preconizaran Kobo Daishi y Saicho.

Las conexiones que aún en nuestros días mantiene el Budo con aquellas enseñanzas originales que una vez formaron parte del programa de estudios de los colegios budistas de Nalanda, continúan observándose en el interior de los *dôjôs* tradicionales de Budô, tanto dentro como fuera de Japón. Estas conexiones se manifiestan en multitud de detalles que irían desde los principios morales que en ellos se defienden, a las expresiones de energía; desde los rituales que preceden a la práctica, a las virtudes perseguidas dentro de ellas; desde los *mudras* protectores que anteceden a los katas, a la terminología que los nombra y estratifica.

Otro de los elementos que pone en sintonía el viejo Bujutsu con el Budismo indio y con Nalanda en particular se observa en las inscripciones que aparecen en muchos *shinken* –espadas- grabadas en escritura *siddham*, conocidos como: *Bonji*.



Bonji

El *siddham*, una forma de lenguaje escrito derivada del antiguo Sánscrito y originado en torno a los siglos IV al VI antes de nuestra Era, se conserva, únicamente, en el seno del Budismo esotérico japonés, donde se mantienen activas su caligrafía y lectura.

Es de destacar que los primeros textos budistas, que llegaron a China a través de las diferentes rutas comerciales o de peregrinación de manos de los primeros

visitantes de Nalanda, irían escritos en lengua *siddham* y que sería allí, en la China de los Tang, donde monjes budistas japoneses, como Kukai o Saicho, aprenderían esta escritura, cuya caligrafía continuarían atesorando al regresar a su país, en 806.

Existe, además, una derivación del *siddham* en Corea, que difiere de la china o japonesa.

Después de haber completado este viaje en el tiempo, tras haber hollado durante tres décadas aquel país único, que es la India, pude constatar que la unidad cultural del continente asiático, a la que hicieron referencia algunos investigadores insignes defendiendo y argumentando sus tesis con hechos y pruebas, se ponía una vez más de manifiesto frente a mí.

En efecto, el Budismo nacido en India, sirvió de hilo conductor para que los países de Asia se interconectaran, compartiendo, no sólo una doctrina filosófica sino también, un lenguaje, unos principios y modos de vida, unos usos y costumbres, unas lenguas y escrituras.

Esta constatación acercaba, siquiera un poco más, las distancias que a priori pudieran separar las culturas que han formado y forman parte de aquel continente.

Kenshinkan dôjô 2017